

bre nerviosa, mucho más grave que la de Madrid, volví á coordinar especies, encontré á mi cabecera á Farnesio, envejecido, tétrico. De la catástrofe había hablado la prensa mundial en emocionantes telegramas de agencias; éramos «los dos amantes españoles» víctimas de una romántica imprudencia en el lago. En España, mi ignorado nombre se popularizó; mi figura interesaba, mi enfermedad no menos, y el revuelo en el mundo político por la desaparición de Almonte fué desusado. ¡Aquel muchacho de tanto porvenir, de tantas promesas! El desolado padre, llamado á Ginebra por el atroz suceso, se llevó un frío despojo al panteón de familia, en la Rioja... Toda la ambición se encerró en un nicho de ladrillo y cal, en esperanza de un mausoleo costado por amigos, gente del distrito, núcleo de partidarios fieles...

Y don Genaro, gozoso al verme abrir los ojos, repite:

—No morirás... No morirás... ¡Estabas aquí tan sola! ¿No sabes, criatura? Tu Maggie y tu Dick, cuando te trajeron expirante, aprovecharon la ocasión y desaparecieron con tu dinero y tus joyas... Creo que se entendían, á pesar de la diferencia de años... Ella se emborrachaba... ¡Qué pécora! En América estarán...

—Dejarles—respondo; y tomando la mano de Farnesio, la llevo á los labios y articulo:

—Perdóname... Perdóname...



VI

Dulce dueño.

I

Al llegar á Madrid, en Enero, todavía muy floja y decaída, me ven sucesivamente dos ó tres doctores de fama. Hablan de nervios, de depresión, de agotamiento por sacudimiento tremendo; en suma, Perogrullo. Hacen un plan, basado principalmente en la alimentación. El uno me prescribe leche y huevos, el otro, nuez de kola y vegetales, puches y gachas á pasto, aquél me receta baños tibios, purés, jamón fresco, carnes blancas... y, sobre todo, ¡calma! ¡descanso! ¡sedación! Mi sistema nervioso puede hacerme una jugarreta... En suma, trasluzco que temen si mi razón... ¡La razón! ¡Qué saben ellos de mi arcano!

Por egoísmo—no por atender á la salud—he cerrado la puerta á los curiosos, á los noticieros, á los impresionistas. Así que empiezo á recomponerme algo, recobrando, gracias á la proximidad de la primavera, una apariencia de fuerza, no puedo negarme á la entrevista trágica

con el padre y la madre de Agustín Almonte. Cuando el padre recogió el cuerpo del hijo, en Suiza, yo deliraba y me abrasaba de calentura en el hotel.

Ellos creen que mi larga enfermedad, mi estado de abatimiento, de «neurastenia», dicen los médicos en su jerga especial, no reconocen otra causa que la impresión de la desgraciada muerte de su hijo, mi futuro. La leyenda ha rodado: es original notar cómo, bajo su varita de bruja, se ha transformado la esencia los hechos, sin alterarse en lo más mínimo lo apariential. Los dos enamorados «bogábamos en silencio»—recuérdese á Lamartine—sin otra preocupación que la de soñar que el amor, según nos enseña el poeta, no es eterno, que tan deliciosas horas huyen, y deben aprovecharse con avidez. Eramos una pareja á la cual «todo sonreía», á la cual estaban preparados destinos triunfales. De súbito, el Léman hinchó su seno pérfido, pegó el horrible salto de dos metros cincuenta, y nuestra barca nos volcó. Agustín, aterrado, gritó al barquero la consigna de salvarme, y quiso intentarlo él, á su vez; el grueso abrigo, empapado, le arrastró al fondo, mientras á mí el suizo me libraba de una muerte cierta. Al recobrar el conocimiento y saber la tremenda verdad, el dolor estuvo á punto de acabar también con mi vida. Aquella tristeza honda, aquella postración, eran tributo pagado por mi alma al sufrimiento de tal pérdida. Se había tronchado la flor preciosa de mis candidas ilusiones. Cosa muy tierna, muy interesan-

te. Los párrafos que nos consagraban los periódicos, al publicar nuestros retratos (obtenido el mío con estratagemas de pieles rojas cazadores, pues yo me resistía horripilada á la «información gráfica»), eran de una sensibilidad vehemente, elegiaca. Recibí entonces, de desconocidos, cartas febriles, en que se traslucía un amor reprimido, pronto á crecer y estallar.

Y fué preciso fijar hora y día para recibir á los padres sin consuelo, que vinieron, acompañados de Carranza, involuntario autor de la tragedia; el que, ceñida la mitra, empuñado el báculo, había de bendecir nuestros desposorios...

Al asomar en el quicio de la puerta las dos figuras enlutadas, me levanto, me adelanto; y, sin dar tiempo á mi saludo, unos brazos débiles, de mujer enferma y atropellada por los años, se ciñen á mi garganta; y en mi rostro siento el contacto de una piel rugosa, seca, calenturienta, y escucho un balbuceo truncado: «¡Mi hij... mi hij... mío del al... mío!..» y lágrimas de brasa empiezan á difuir por mis propias mejillas, á calentarlas, á quemar mi piel como un cáustico, á llegar hasta mi boca, que la sofocación, entreabre, y en la cual un sabor salado, terrible, me introduce la amargura de nuestra vida, la nada de nuestro existir... Y este abrazo, que me mata, dura un cuarto de hora, eterno, sin que cesese la congoja de la madre, sin que se interrumpa su mal articulada queja, el correr de su llanto, el jadear de su flaco pecho...

El padre, más sereno,—al fin han corrido meses—, convenientemente triste, ahogado por el asma, interviene y desanuda el lazo, cooperando Carranza á la obra.

—Basta, María, un poco de resignación... ¡No ves que la pobre todavía está enferma! La nuestra es una pena misma... Señorita, ¿me permite usted que la dé un beso en la frente?

Y no me lo da, sino que pide ¡socorro! porque parece que, al soltarme la señora de Almonte, sufró un síncope...

Al volver en mí, ya un poco más sosegados todos, en un instante de respiro, entre el olor del éter, se habla largamente, con interrupción de sollozos, suspiros y cabezas inclinadas. Carranza, grave, cejijunto, pero sin perder su continente diplomático, de sagacidad y sensatez, dirige la cruel conferencia. Los padres se despiden al fin. Me mirarán siempre como á una hija. Vendrán á verme algunas veces; soy para ellos algo querido, «lo que les queda» de su pobre Agustín... ¡Si yo supiese lo que Agustín valía! ¡Si yo me penetrase de lo que «habíamos perdido»! Y no sólo nosotros. Porque Agustín era para su patria algo más que una esperanza; iba siendo una realidad, ¡tan extraordinaria, tan superior á todo! Acaso—insistía el padre—el genio maléfico que parece dedicado á encaminar los sucesos de la manera más funesta para España, fuese el que había dispuesto la extraña peripecia del lago Léman. Porque él, después de meditar bastante en la catástrofe, veía en drama tan impensado algo de fatídico,

que va más allá de la natural combinación de los sucesos...

—¡No lo sabe usted bien!—respondí sinceramente, como si pensara en alta voz, entre las últimas y largas presiones de manos temblorosas y frías.

Al marcharse los dos viejos, Carranza se queda á mi lado, murmurando frases consoladoras, sin convicción. Despacirosa, me arrojo en la alfombra, ante el canónigo.

—¿Eh? ¿Qué te pasa, hija mía?

—Me confesaría de buena gana.

—¿Confesarte?—La sorpresa cuajó sus facciones en seriedad berroqueña. Era un medallón de piedra el rostro del Magistral.

—Sí, Carranza; confesarme. No puedo con el peso de lo que hay en mí. Ayúdeme á descargar un poco el espíritu.

Las cejas se juntaron más. Un mundo de pensamientos y de recelos indefinidos cabía en el pliegue.

—Mira, Lina, ya otra vez quisiste... Y entonces, como ahora, te contesto: ¿de cuándo acá, entre nosotros, confesión? Tú has dicho siempre que yo era demasiado amigo tuyo para hacer un confesor bueno. Eso de confesión... es cosa seria.

—Serio también lo que he de decirle.

—No importa... Hazme el favor, Lina, de dispensarme. Para el caso de desahogar tu corazón, es igual que me hables fuera del tribunal de la penitencia. Para los fines espirituales, muy fácilmente encontrarás otro mejor que yo...

—Y el amigo... ¿me guardará el mismo secreto?

—El mismo, exactamente el mismo. Si quieres, la conferencia se verificará en el oratorio. Me consideraré tan obligado á callar como si te confesase... Tengo mis razones...

Nos dirigimos al oratorio de doña Catalina Mascareñas. Yo me había limitado á refrescarlo y arreglarlo un poco. En el altar campeaba, en un buen lienzo italiano, la figura noble de la Alejandrina. Al lado de mi reclinatorio, en marco de oro cincelado, de su estilo, brillaba la famosa placa del XV, que llevé á Alcalá el día en que Carranza nos leyó la historia. ¡Cuánto tiempo me parecía que hubiese transcurrido desde aquella tarde lluviosa y primaveral! Evoqué la misteriosa sensación del canto de las niñas:

«¡Levántate, Catalina,
levántate, Catalina,
que Jesucristo te llama!»

Me senté en mi reclinatorio, y en un sillón el canónigo. Hablé como si me dirigiese á mi propia conciencia. Carranza me escuchaba, demudado, torvo, con los ojos entrecerrados, velando los relampagueos repentinos de la mirada. Al llegar al punto culminante, á aquél en que se precisaba mi responsabilidad, ya no acertó á reprimirse.

—¡Hola! ¡Vamos, si me lo daba el corazón! Te lo juro; yo lo sospechaba; ¡lo sospechaba! No eso mismo precisamente; cualquier atroci-

dad, en ese género... ¡Ahí tienes por qué no he querido confesarte! ¡No llega á tanto mi virtud! ¡Absolverte yo del... del asesinato...!

—¡Asesinato!

—¡Asesinato! Has asesinado á quien valía mil veces más que tú. ¡No extrañes que me exprese así! Quería yo mucho á Agustín, y será eterno mi remordimiento por haberle puesto en tus manos, conociéndote como te conozco. Te conozco desde que me hiciste otras confianzas inauditas, inconcebibles. ¡Tampoco quise ser confesor tuyo entonces! Mujeres como tú, doblemente peligrosas son que las Dalilas y que las Mesalinas. Estas eran naturales, al menos. Tú eres un caso de perversión horrible, antinatural, que se disfraza de castidad y de pureza. ¡En mal hora naciste!

Callé, y sujeté mi congoja, con férrea voluntad, palideciendo. Carranza insistió.

—En tus degeneraciones modernistas, premeditaste un suicidio, acompañado de un homicidio. Buscaste la catástrofe entre desprendimientos de aludes y desgajes de montañas, y al ver que no la encontrabas así, acudiste á las traiciones del lago. Si esto te falla, habrías echado mano de la bomba de un dinamitero... ¡Ó del veneno! ¡Eres para envenenar á tu padre!

—Como no estamos confesándonos, Carranza—declaro, sacudido el pecho por el martilleo de la ansiedad—me será permitido defenderme. Algo puedo alegar en mi defensa. Almonte fué menos noble que yo. Habíamos celebrado un

UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1646. 1925 MONTERREY, MEXICO

pacto; nos uníamos amistosamente para la dominación y el poder, descartando lo amoroso. Y lo quiso todo, y representó la comedia más indigna, la del amor apasionado, ardiente, incondicional... Y me juró que por mi vida daría la suya... ¡Me juró esto!; por tal perjurio murió él, y yo he caído en lo hondo...!

Mi ademán desesperado comentó la frase.

—¡Eres una desdichada! ¿Qué crimen es jurarle á una mujer... esas tonterías? ¿Acaso tú querías á Agustín tanto, tanto, como en las novelas?

—¡Si yo no le he querido jamás, ni á él, ni á ninguno! Y como no le quería, no se lo he dicho. No mentí. ¡Mentir, qué bajeza! Agustín no era caballero, no era ni aun valiente. Por miedo á morir, me dió con el codo en el pecho, me golpeó, me rechazó. Y, la víspera, aseguraba...

Carranza, sin fijarse en el lugar, que merecía respeto, hirió con el puño el brazo del sillón, y masculló algo fuerte que asomaba á sus labios violáceos, astutos, rasurados, delineados con energía.

—¡Mira, Lina, yo no quiero insultarte; eres mujer... aunque más bien me pareces la Melusina, que comienza en mujer y acaba en cola de sierpe! Hay en ti algo de monstruoso, y yo soy hombre castizo, de juicio recto, de ideas claras, y no te entiendo, ni he de entenderte jamás. Te resististe, en otro tiempo, á entrar monja. Bueno; preferías, sin duda, casarte. Nada más lícito. Te regala la suerte una posición estupenda; ya eres dueña de elegir ma-

rido, entre lo mejor. Tu posición se ha visto luego amenazada, por las... circunstancias... que no ignoras: te busco la persona única para salvarte del peor naufragio; esa persona es un hombre joven, simpático, el hombre de mañana—¡pobre Agustín! ¡si esto clama al cielo! —y tú no sosiegas, víbora...—¡Dios me tenga de su mano!—hasta que le matas... ¡Y luego, hipócritamente, recibes á los padres, te dejas besar por la madre, por esa Dolorosa! Tu castigo vendrá, vendrá... En primer lugar, te quedarás pobre... porque ahora no hay quien le meta el resuello en el cuerpo á D. Juan Clímaco... ¡Y, en segundo... no sé si hallarás confesor que te absuelva! ¡Es que esto subleva, Lina! ¡En mal hora, en mal hora te hice yo conocer á aquel hombre, digno de una mujer que no fuese un fenómeno de maldad... y de maldad inútil! ¡Porque ahí tienes lo que indigna, que no se sabe ni se ve el objeto de tus delitos... de tus crímenes!

Sollozando históricamente, caigo de rodillas, y repito la palabra que está fija en mi pensamiento, la palabra de los vencidos:

—¡Perdón! ¡Perdón!

—¡Perdón! Yo no estoy aquí para eso—insiste Carranza, petrificado en ira—. Estoy para protestar de un crimen que la justicia no castigará, que el mundo desconoce, y que hasta tú eres capaz, con tu entendimiento dañino, de presentar como un poético rasgo de superioridad, como algo sublime... Porque tienes la soberbia infiltrada en el corazón, en ese perverso

corazón que no sabe amar, que no sabe querer, que no lo supo nunca, y que no ha de aprenderlo!

Fulminaba ya Carranza en pie, excitándose con sus propias palabras, tronante de indignación. Y amenazó:

—Lo primero que haré, será impedir que esos desdichados padres sigan llamándote *hija*, lo cual es un escarnio... Y no te acuerdes más de tu antiguo amigo Carranza. Me has sacado de quicio; la locura es contagiosa. ¡No sé qué te haría! Se me pasan ganas de abofetearte... Es mejor que me retire... Adios, Lina; siempre he desconfiado de las hembras... Tú me enseñas que el abismo del mal sólo puede llenarlo la malignidad femenil. Siento haberme descompuesto tanto... Parezco un patán... ¡Agustín, pobre Agustín! ¡Quién me lo diría! ¡Y por mi culpa!

II

El portazo que pegó Carranza me retumbó en la cabeza, que un dardo agudo de jaqueca nerviosa atarazaba. Quizás se me hubiese quitado con tomar alimento, pero mi garganta, atascada, no permitía el paso ni aun á la saliva pegajosa y ardiente que escandecía, en vez de humedecerlas, mis fauces.

Salí del oratorio.—Me recogí á mis habitaciones. Un azogue no me consentía sentarme, ni echarme sobre la meridiana, ni hacer nada

que aliviase mi desasosiego. Me contenía para no batir en las paredes la cabeza, para no romper y hacer añicos porcelanas, vidrios, cuadros; para no desgarrar mis propias ropas y el rostro con las uñas... Un reloj de onix y bronce, con su tic-tac monótono, me exasperaba. De un manotón, lo arrojé al suelo. El golpe paró el mecanismo. Al ruido, acudió mi doncella, la antigua Eladia, triunfadora del extranjero con los dos episodios desastrosos de Octavia y de Maggie...

—¡Jesús mil veces! Creí que era la señorita la que se había caído... ¿Recojo el reloj? ¡Qué lástima! Se ha roto por la esquina...

No contesté. Comprendía que no me hallaba en estado de responder de una manera conveniente. Sólo ordené:

—Mi abrigo de paño, mi sombrero obscuro.

—¿Va á salir la señora? ¿Telefoneo que enganchen?

—¡Mi abrigo, mi sombrero! repito, con tal tono, que Eladia se precipita.

Cinco minutos después, estoy en la calle. Yo misma no sé á dónde voy. La especie de impulsión instintiva que á veces me ha guiado, me empuja ahora. Voy hacia mí misma... Vago por las vías céntricas, en que obscurece ya un poco. Salgo de la calle del Arenal, subo por la de la Montera, mirando alrededor, como si quisiera orientarme. Penetro en una calleja estrecha, que abre su boca fétida, sospechosa, asomándola á la vía inundada de luz y bulliciosa de gente. A la derecha, hay un portal de pésima

traza. Una mujer, de pie, envuelta en un mantón, hace centinela. Me acerco resueltamente á la venal sacerdotisa.

—¿Qué se la ofrece á usted, señora? ¿Eh, señora?

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—¿Yo... á usted? Hija, eso, según... ¿Qué favor la puedo yo hacer? ¡Tíe gracia!

El vaho de patchulí me encalabrínaba el alma, me nauseaba el espíritu.

—El favor... ¡no le choque, no se asuste! Es... pisotearme.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Señora, está usted buena, ó hay que amarrarla? ¡Miusté que... Pa guasas estamos!

—Un billete de cincuenta pesetas, si me pisotea usted, pronto, y fuerte.

Abrí el portamonedas, y mostré el billete, razón soberana. Titubeaba aún. La desvié vivamente, y, ocultándome en lo sombrío del portal, me eché en el suelo, infecto y duro, y aguardé. La prójima, turbada, se encogió de hombros, y se decidió. Sus tacones magullaron mi brazo derecho, sin vigor ni saña.

—Fuerte, fuerte he dicho...

—¡Andá! Sí la gusta... Por mí...

Entonces bailó recio sobre mis caderas, sobre mis senos, sobre mis hombros, respetando por instinto la faz, que blanqueaba entre la penumbra. No exhalé un grito. Sólo exclamé sordamente.

—¡La cara, la cara también!

Cerré los ojos... Sentí el tacón, la suela, so-

bre la boca... Agudo sufrimiento me hizo gemir.

La daifa me incorporaba, taponándome los labios con su pañuelo pestífero.

—¿Lo vé? La hice á usted mucho daño. Aunque me dé mil duros no la piso más. Si está usted guillada, yo no soy ninguna creminal, ¿se entera? ¡Andá! ¡En el pañuelo se ha quedado un diente!

El sabor peculiar de la sangre inundaba mi boca. Tenté la mella con los dedos. El cuerpo me dolía por varias partes.

—Gracias—murmuré, escupiendo sanguinolento—. Es usted una buena mujer. No piense que estoy loca. Es que he sido mala, peor que usted mil veces, y quiero espiar. Ahora ¡soy feliz!

La mujerzuela me miró con una especie de respeto, asustada, sin cesar de enjugarme la cara y la boca, á toquecitos suaves.

—¡Válgame Dios! ¡Qué cosas pasan en el mundo! ¡Pobre señora! ¡Vaya! Si tuvo usted algún descuidillo... ¡Gran cosa! Pa eso somos mujeres. Miste, ahora me arrancan á mí el alma primero que pegarla un sopapo... ¿Quiere que vaya á buscar un poco de anisado? Está usted helá... ¿La traigo algo de la farmacia? Dos pasos son...

La contuve. La remuneré, doblando la suma. La sonreí, con mis labios destrozados. Y, renunciando en mí el ser antiguo, la dije:

—¡Otra penitencia mayor!... Deme un abrazo... Un abrazo de amiga.

¿Entendía? Ello es que me estrechó, conmovida, vehemente, protectora. Entré en la farmacia, donde lavaron con árnica diluída mi rostro, vendándolo. Vi la curiosidad en sus agudas miradas, en sus preguntas tercas. Tomé un coche de punto, di las señas de mi casa. Al llegar, dolorida y quebrantada, pero calmada y satisfecha, me miré al espejo; ví el hueco del diente roto... Al pronto, una pena...

—La Belleza que busco—pensé—ni se rompe, ni se desgarrá. La Belleza ha empezado á venir á mí. El primer sacrificio, hecho está. Ahora, el otro... ¡Cuanto antes!

Serían las diez, cuando Farnesio acudió á mi llamamiento, y se precipitó á mí, viéndome tendida en la meridiana, vendada la mejilla, con los ojos desmayados y la rendida actitud de los que han agotado sus fuerzas y reposan.

—¿Qué tienes? ¿Dolor de muelas? ¿Llamo al médico? ¡Dí, niña!

—Nada... Un caldo... un poco de Jerez en él... Me siento débil. Tráigame el caldo usted mismo...

Contento, afanoso, lo enfrió, dosificó el Jerez. Viéndomelo deglutir, parecía él también reanimarse. Al desviar la venda, al abrir yo la boca, una exclamación.

—¡Estás herida! ¡Pero si te falta un diente! ¡Jesús! ¡Qué ha sucedido, Lina! ¡Pequeña! ¡Criatura! ¿Qué te ha pasado, qué?

—Nada, nada ha sucedido..., Permítame que no lo cuente. Un incidente sin importancia...

—No me digas eso... ¡Herida! ¡Un diente roto!

—Por favor...

Le imploro con tal urgencia, que, aterrado por dentro, se calla. Mi misterio, al fin, ha sido siempre impenetrable para él.

—Hágase como quieras.. ¿Estás mejor? ¿A ver estas manecitas? ¿Este pulso? Parece que no lo tienes.

—Tengo pulso; ya no se me caen de debilidad los párpados... Me encuentro fuerte. Oígame, Farnesio, por su vida. Sin esperar más que al correo de mañana, al primero, va usted á escribir á mi tío, el de Granada: á D. Juan Clímaco.

—Pero...

—Sin pero. Va usted á escribirle, diciéndole —¡atención!—que estoy dispuesta á restituirle lo que indebidamente heredé.

Se tambaleó aquel hombre, al peso y á la pujanza del martillo que hería su cráneo. Sus ojos vagaron, alocados, por mi semblante. Su lengua se heló sin duda, porque no formó sonidos: no hubo protesta verbal. La protesta estuvo en la actitud, semejante á la del que llevan al suplicio.

Me levanté, le eché los brazos al cuello, junté á la suya mi cara dolorida. Las ternezas, las caricias, ablandaron su pena. Recobró el habla. Me insultó.

—¿Pero qué estás diciendo, necia, loca, insensata...? Yo eso no lo escribo. ¡No faltaba más!

—Venga usted aquí... Si usted no lo escribe, lo escribo yo, y es igual. Fíjese bien. El tes-

tamento de... la tía Catalina, no es válido. En mi nacimiento hay superchería. Lo sabe usted mejor que yo, y nada de esto debe sorprenderle. Reflexione usted. De ahí puede salir algo muy serio; corre usted peligro, lo corro yo. Afuera codicia, afuera riquezas temporales. Me pesan sobre el corazón, como una losa. Crea usted que en mi determinación hay prudencia, aunque no es la prudencia lo que me mueve. No le quiero engañar: no es la prudencia. Es... otra cosa...

—Cavilaciones, disparates... ¡Delirios!

—¡No, amigo mío, mi amigo, mi protector, á quien no he agradecido bien su cariño! Disparates fueron otros... ¡Tantos! Crea usted que he despertado de mi pesadilla; que ahora es cuando veo, cuando entiendo, cuando vivo de veras, en la verdad. Y deseo, con ansia sedienta, ser pobre.

—¡Pobre! ¡Pobre tú!

—¿Pero ya no se acuerda usted de que lo he sido muchos años...? Y aquella era una pobreza relativa. Hoy ansío salir por ahí, pidiendo ó trabajo ó limosna. Limosna, mejor.

Se echó las dos manos á la cabeza.

—Conque, no más discusión. Escriba usted, porque á mí me es molesto haber de ocuparme de asuntos, y, además, así que arregle algunas cosillas, voy á hacer un viaje; mi alma necesita que mi cuerpo se fatigue.

—Iré contigo. No es posible dejarte .. así... en estas circunstancias.

—¿En qué circunstancias?

—Enferma, herida, exal...

—Exaltada, no. Enferma, tampoco. Herida... ¡poh! unas erosiones, que yo considero caricias, y unas cuantas magulladuras y contusiones. Estoy buena, muy buena, y en mi interior, tan dichosa como nunca lo fui. Dentro de mí, hay agua viva... Antes había sequedad, calor, esterilidad .. No es exaltación. Es verdad; es lo que en mí siento. No ponga usted esa cara. Jamás he estado tan cuerda.

Suspiró hondísimo. Macilento, mortal, escondió el rostro en la sombra del rincón.

—No quiero que usted se afija. La primera señal de mi cordura, de que es ahora cuando me alumbra la razón, es que deseo que usted no sufra por mi causa; es que reconozco deberle á usted amor, respeto... Ya sé que, por usted, estoy perdonada.

Agitó el cuerpo, las manos, tembló. Se echó á mis pies.

—No digas tales cosas. Me haces daño, criatura. Soy yo quien necesita tu perdón; te desterré, te encerré, te abandoné. Quise recluirte. Pensaba que hacía bien. Obedecía á motivos, á escrúpulos... Me equivocaba. Fui... un infame. Tu carácter se torció, tu imaginación se trastornó en aquella soledad... Culpa mía... Maldíceme.

Nos estrechamos; humedad caliente empapaba nuestras sienas. Besé su pelo gris, sus mejillas demacradas.

—Le bendigo. Usted no puede adivinar el bien que me ha hecho. El mayor bien.

—¿No me quieres mal?

Respondieron mis halagos. Respiró.

—Pues una cosa te pido ¡no más! ¡Por mí, por el viejo Farnesio! Aplaza algo tu resolución de escribir al señor de Mascareñas. Concédeme un poco de tiempo. Yo no digo que no lo hagas; es únicamente un plazo lo que solicito. Antes de adoptar tan decisiva resolución, es preciso poner en orden demasiados asuntos. Tú misma, si estás en efecto tranquila, serena ante el porvenir, debes comprender que estas determinaciones hay que madurarlas algún tanto. De las precipitaciones siempre nos arrepentimos. Tiempo al tiempo. El único favor que Farnesio te suplica...

—No acierta usted. Lo bueno, inmediatamente.

—El único favor. ¿No me lo concedes, *niña mía*?

—No quiero negárselo. Tiene un año de plazo. Entretanto, yo viviré como si no fuese dueña de estos capitales, que ya no considero míos. Me reservo... lo que me daba doña Catalina en vida. Lo estrictamente necesario. Usted, Farnesio, manda y dispone de todo y en todo...

Y después de una pausa:

—Excepto en mí.

III

Salí de Madrid dos semanas después, al anochechar, con una maleta vieja por todo equipaje. Llevaba puesto lo más sencillo que encon-

tré en mi guardarropa: traje sastre, de sarga, abrigo de paño color café con leche. Ni guantes, ni sombrero. Un velillo resguardaba mi cabeza y mi faz, ya deshinchada, en que sólo la mella del diente recordaba el suceso. Mi peinado era todo recogimiento y modestia.

Antes de emprender la caminata, por la mañana, me había arrodillado en la iglesia de Jesús, á los pies de un capuchino joven, de amarilla tez venada de azul, barbitaheño, consumido y triste. Oyóme casi impasible; un movimiento ligero de párpados, una palpitación de las afiladas ventanas de la nariz. Un instante sólo le vi alterado, expresando pasión.

—Ese sacerdote que le ha dicho á usted que no la absolverían... ha pecado gravemente contra la esperanza y contra la caridad. ¿Quién es él para poner lindes á la misericordia? ¡No crea usted eso, hermana... Dios perdona siempre!

—El hombre á quien causé la muerte, era necesario á los intereses de ese sacerdote...

—Hábleme de sí misma; no acuse á nadie...

Y proseguí, lenta, balbuciente, registrando, explicando... La oreja de cera que se tendía hacia mi voz la recogía cada vez con atención más viva.

Cuando referí el origen de las señales que se veían en mi boca, el fraile se volvió, me miró, en un chispazo de fraternidad...

—¿Eso ha hecho, hermana?

—Eso hice...

Al llegar á mi conversación con Farnesio, acerca de la herencia, otro respingo.

—¿Eso hizo, hermana?

—Eso he resuelto hacer...

Antes de exhortarme, el capuchino se recogió, cerrando los descoloridos ojos azules. Sus labios se movían, sin que de ellos saliese ningún sonido. Al fin, en voz baja, fatigada, de enfermo, murmuró:

—No soy docto, hermana. Desconozco el mundo, y usted me propone cosas extrañas para mí. Mejor se confesaría usted con el padre Coloma, verbigracia. Supla á mi ignorancia Jesucristo, en cuyo santo nombre... Yo veo descollar entre sus pecados una gran soberbia y un gran personalismo. Es el mal de este siglo, es el veneno activo que nos inficiona. Usted se ha creído superior á todos, ó, mejor dicho, desligada, independiente de todos. Además, ha refinado con exceso sus pensamientos. De ahí se originó la corrupción. Sea usted sencilla, natural, humilde. Téngase por la última, la más vulgar de las mujeres. No veo otro camino para usted, y tampoco habrá penitencia más rigurosa.

—¿Y... por ese camino... llegaré al amor?

—¿Al amor divino? ¡Quién lo duda! Usted lo ha presentido, hermana, al dejarse pisotear por una mujer de mala vida, y despreciable á causa de ella. Esa acción no significa sino ansia de humillarse. Humíllese, humille esa cerviz altanera... Pero no un instante, no en un acto violento, extremo, repentino. ¡Siempre, siempre!

—¿Nada más?

—Nada más. Basta. No tengo otro consejo que darle...

Y heme aquí en el vagón de tercera, mezquino, sucio, en contacto con la plebe, la gentuza... Sí, esto puedo hacerlo. Puedo sentarme en un banco duro é incómodo; puedo viajar casisin ropa, mal pergeñada, respirando el olor bravío de dos paletos—una especie de mendigo y una vieja que abraza un cestón enorme—; puedo hasta alargar la mano, solicitar un socorro... Lo que no puedo, lo que el capuchino no ha visto que no puedo, es creerme—dentro de mí—al nivel de estos que van conmigo, del que me diese limosna, del que cruza á mi lado... No me expreso bien. Mientras el tren avanza, temblequeando sobre los rieles, yo ahondo, yo sutilizo mi caso.—No es tal vez que me crea ni superior ni inferior. Es que me creo *otra*. No reconozco lazo que con ellos me una. No se trata quizás de orgullo, de soberbia, como suponen Carranza y el capuchino. Es que, en el fondo de mi conciencia, en medio de mis actos penitenciales, no me persuado de que haya nada de común entre los demás y yo. Hasta llego á suponer que los demás no existen; que soy yo quien existo, únicamente, y que sólo es verdad lo que en mí se produce; en mí, por mí... Y es en mi interior donde aspiro á la vida radiante, beatífica, divina, del amor. Es en mi interior donde quiero divinizarme, ser lo celeste de la hermosura. ¿Cómo buscar el interior encielamiento? No con actos externos, no con mi cuerpo pisoteado y mi rostro afeado y mi ropa vul-